

EL MONASTERIO DEL PARRAL.

(SEGOVIA.)

I.

EL DEL CAPÚZ COLORADO.



A noche era oscura merced á negros grupos de nubes que cruzaban por un horizonte confuso y que solo á raros intervalos dejaban entrever un fragmento de azul ó daban paso á un rayo de luna.

Todo dormia en Segovia envuelto entre las sombras, y acaso en toda la ciudad no habia mas luces encendidas que la que brillaba en una de las ventanas del famoso alcázar iluminando tal vez al privado del infante Don Enrique, el ambicioso marqués de Villena, que en el silencio de la noche meditaba sus planes de mayor y futura elevacion, y la que alumbraba el cuarto bajo de un apartado meson en el que se veian agrupados junto á una mesa varios hombres de mal porte y peor catadura.

Hallábanse estos hombres filosóficamente ocupados en jugar á los dados y seguían con ávida mirada todas las peripecias del juego. Varias monedas de oro relucían encima la mesa. De vez en cuando alguno de los jugadores, cuyo bolsillo acababa de limpiar un asesino golpe de fortuna, descargaba un puñetazo sobre la coja y bamboleante mesa y acompañábalo de una serie de redondos votos, capaces de hacer estremecer en sus nichos de piedra á los santos de la fachada del convento de santa Clara.

Cuando esto sucedía turbábase repentinamente el silencio, los rostros se volvían graves hácia el molesto interruptor, y si daba la casualidad que este leñera en alguno de aquellos rostros cierta espresion de ironía ó de sarcasmo que le hiciera cosquillas á su carácter pendenciero, los votos se trocaban en provocaciones y armábase una de gritos, de amenazas y de blasfemias, que el viejo mesonero, abandonando el mostrador tras del cual dormitaba, adelantábase á poner paz entre los querellantes con cierta seriedad cómica que obtenía casi siempre los mas buenos resultados.

Una de estas escenas tenía precisamente lugar cuando hemos penetrado, invisibles espectadores, en el cuarto bajo del meson.

—Otra tenemos! — murmuró el mesonero interrumpido bruscamente en su sueño por desaforados gritos.

Y se adelantó cojeando y desperezándose hácia la mesa.

—Caballeros, por la Virgen bendita.....

—Volveos á vuestra ratonera y no os metais donde no os llaman! — le dijo uno de los jugadores.

—Dejadnos en paz, tío Corneja! — exclamó otro.

El mesonero se llamaba en efecto el tío Corneja.

—Pero, caballeros, por la honra de mi posada, por el crédito de *la cruz de hierro!*

—Qué honra ni que calabazas! — gritó un tercero, hombre fornido y de recios miembros, que dando un manotón por la espalda al mesonero le envió á rodar á varios pasos de distancia como quien despide una pelota.

El tío Corneja en su obligada carrera tropezó con un banco, enredóse en uno de sus piés y perdiendo el equilibrio, cayó á la otra parte de cabeza, dando la vuelta mas acabada y graciosa que pudiera dar cualquiera de los afamados saltimbanquis que pocos dias antes habían llegado á Segovia procedentes de Italia, para divertir al infante.

La voltereta del mesonero hizo lo que no habían logrado aquella vez sus prudentes advertencias. Desapareció la espresion airada que mostraban to-

dos los semblantes, suspendiéronse las amenazas antes de atravesar los labios, y la hilaridad mas completa y mas unánime sucedió á las ojeadas que furiosos se lanzaban un momento antes los agresores.

El tío Corneja se levantó con toda la prontitud posible y, blanco de las burlas, se cuadró con cierta dignidad y frunciendo las cejas ante sus huéspedes que redoblaron entonces las carcajadas.

—Caballeros, — exclamó con ridícula gravedad, puestos los brazos en jaras, — caballeros, mi honra...

—Es una honra que anda por los suelos, — dijo el mismo que le había impulsado á dar la voltereta.

Las mas ruidosas carcajadas resonaron de nuevo y aquel bullicio aturridor amenazaba prolongarse á costa del pobre mesonero, si una voz bronca dominando el ruido no hubiese hecho volver los rostros de todos los circunstantes hácia la puerta.

—Eh! que mil demonios de infierno es el que hay esta noche en *la cruz de hierro?* — había dicho la voz.

Pertenecían estas palabras á un nuevo personaje que acababa de presentarse en el umbral. Era un hombre bajo, rechoncho de cuerpo, ojos vizcos, color moreno, enormes vigotes retorcidos, colete de ante, arrugadas botas y un inmenso espadon colgado de un anchísimo y mugriento tahalí. Todo esto acompañado de un desdenoso aire de maton y perdonavidas que hacia oler su vida aventurera á dos leguas de distancia.

La atención del concurso se desvió del mesonero con la llegada de este personaje.

—Bien venido, Rompetejas, — dijeron á coro varios de los huéspedes de *la cruz de hierro.*

—Gracias, caballeros, — exclamó adelantándose el que había recibido tan sonoro y pomposo nombre. — Ola! parece que se pasa el rato! — añadió en seguida al llegar á la mesa y al ver sobre ella las monedas y los cubiletes de los dados.

—Se mata el tiempo.

—Y qué tal está el tesoro?

—Psé!

—De buen grado os desafiaba si os supiera en posición de resistir á mi ejército.

—Tan numeroso es? — dijo uno cuyos ojos brillaban de codicia.

Rompetejas dió una manotada á su bolsillo que despidió un simpático sonido de oro puro.

— Con que estás en grande? — le preguntó uno de los jugadores.

— Ni el mismo Don Juan Pacheco, marqués de Villena, con todos sus señorios y privanzas es mas rico que yo, — contestó Rompetejas alargando el labio inferior con un supremo gesto de desden.

— Ola! ola!

El maton sacó dos ó tres puñados de oro y los puso sobre la mesa. Era una verdadera riqueza. Todos alargaron el cuello para clavar en el dinero sus miradas.

— Rayo! — murmuró uno de los huéspedes del meson: — aquí hay la vida de diez hombres.

— Pues os engañais, — contestó Rompetejas mirándole de reojo, — no hay mas que la vida de uno.

— Será uno de los primeros nobles.

— Era un pájaro de cuenta. Dios le haya perdonado y á mí tambien por haberle cortado sus alas.

Con esta conversacion se habia completamente desvanecido el accidente que tuviera lugar al entrar Rompetejas y este mismo se habia olvidado ya de querer indagar la causa. El tio Corneja se retiró en silencio acurrucándose tras del mostrador.

— Con qué, vamos á ver, — prosiguió Rompetejas, — hay uno que se atreva á apropiarse este montoncito de oro por medios legítimos?

— Se acepta el guante, — dijeron dos ó tres á un tiempo.

— Al avío pues!

Y los cubiletes volvieron á su movimiento, y de nuevo rodaron los dados por encima la mugrienta mesa. La fortuna empezó por sonreir á Rompetejas, cuyas continuas risotadas y bruscos gestos daban una espresion diabólica á su rostro. Pero no tardaron esas risas en ser menos frecuentes hasta acabar por estinguirse del todo, y sus ojos que hasta entonces habian bailado jugueteros y chispeantes bajo el espesísimo velo de sus pestañas, empezaron á cobrar cierta fijeza y gravedad como si nadaran en una admósfera de codicia. Era que dos ó tres jugadas habian notablemente disminuido el monton de oro y que Rompetejas empezaba á alarmarse por su propiedad.

El juego continuó sin interrupcion y con suerte varia hasta llegar un momento en que la vacilante fortuna pareció completamente decidirse contra nuestro perdonavidas. Solo dos monedas lucian ya ante él su triste y rubicunda redondez, y sus labios se agitaban trémulos crispándose su mano en torno del cubilete que febrilmente estrechaba.

— Van mis dos últimos ducados, — dijo el despechado Rompetejas.

Y movió el cubilete haciendo sonar los dados con un ruido que tenia para él algo de lúgubre.

Todos los cuellos se alargaron y todas las cabezas se inclinaron sobre la mesa donde iba á decidirse la fortuna del maton.

Este paseó sus ojos vizcos por los circunstantes, clavólos en su oro que tenían recojido sus contrarios y, haciendo un esfuerzo, volcó el cubilete y envió á rodar los dados por la mesa.

— Doce! — dijo.

Y respiró como un hombre que se ahoga y al que un movimiento ondulatorio le saca la cabeza fuera del agua.

Uno de sus contrarios recojió los dados, los volvió á meter en el cubilete y vaciándolo,

— Diez y seis! — exclamó.

Y alargó la mano para apoderarse de los dos ducados. Rompetejas, por un movimiento que no pudo reprimir, descargó un puñetazo sobre esta mano que se adelantaba con el justo y piadoso objeto de dejarle sin blanca.

— Yo no pago, — dijo recojiendo su dinero.

— Cómo es eso?

— Aquí hay ardid.

— Infame!

— Aquí hay fraude.

— Miente el bellaco!

— Cortarle la lengua!

— Tirarle por la ventana!

— Afuera el matachin!

— Al ladron!

— Al asesino!

Todas estas voces y otras muchas que se perdieron en la confusion fueron pronunciadas de una manera amenazadora. En medio de la gritería un puño cerrado y unido á un brazo nervudo como un pomo á un garrote, fué á sentarse entre los labios y barba de Rompetejas.

Este se hizo atrás y desvainó su espadon.

Un bullicio infernal, una baraunda imposible de describir tuvo lugar entonces. Todos se levantaron, las mesas y asientos rodaron por el suelo, los votos y juramentos llenaban la estancia: quien blandía una espada, quien enarbolaba un banco con el que hacia el molinete sobre su cabeza,

quien presentaba su mano armada de un puñal, quien de un garrote.

El pobre mesonero, despertado por la centésima vez, se subió sobre un viejo taburete de cuero y empezó desde allí á exhortar á la paz y á la concordia para honra siempre de su meson y sin atreverse á acercarse al grupo por prudente temor á una advertencia como la pasada, pero no hubo de valerle. Uno de sus huéspedes, cansado de sus gritos, se apartó del sitio de la querrela y dió un puntapié al taburete. El mesonero rodó por el suelo hasta llegar debajo del mostrador donde se mantuvo agachado mientras duró la contienda.

En el interin, Rompetejas describiendo semicírculos con su espadon habia mantenido á raya á sus agresores, que se contentaban con llenarle de dentuestos, pero no faltó uno que apoderándose de un jarro vacío lo arrojó con toda furia á la cabeza del espadachin. Este vió venir sobre él el proyectil y pudo evitarlo bajándose, pero cuando se incorporaba, otro jarro fué á dar en su mano derecha causándole tan terrible dolor y tan fuerte contusion que se le escapó la espada. Él mismo quedó un momento tambaleándose ciego de dolor.

Un hurra general retumbó al verle desarmado, y todos se arrojaron hácia él. Comprendió Rompetejas la importancia del peligro, volvió en torno suyo unos ojos despavoridos y, viéndose cerca de la puerta del meson, se lanzó por ella agitando en el aire su estropeada mano.

Cuatro de los mas decididos se precipitaron tras él.

El matachin á quien la proximidad del peligro daba alas, empezó una carrera desatada, no parando de correr hasta que al revolver de una calle tropezó con una piedra yendo á caer cuán largo era á seis pasos de distancia.

Un hombre pasaba en aquel momento y al ruido volvió la cabeza, pero creyéndole sin duda algun tuno embriagado, disponíase á seguir su camino, si Rompetejas incorporándose, y viendo quizá en aquel hombre un salvador, no le hubiese detenido con su voz doliente:

— Oh! quien quiera que seais, salvadme! me persiguen! quieren asesinar-me.

El desconocido se detuvo y trató de descubrir entre las sombras de la noche el porte y las facciones del que así le pedia auxilio.

— No teneis espada? — le preguntó con voz dulce y flexible como la de una muger, pero en la que bien se notaba sin embargo un caballeresco acento varonil.

— La he perdido, — murmuró el espadachin, — y tengo estropeada la mano derecha.

— Sois caballero? — preguntó de nuevo el desconocido como si hubiese ne-

cesitado hacer aquellas preguntas antes de resolverse á prestar el auxilio de su brazo al que se lo reclamaba.

Rompetejas vaciló en contestar. Diciendo que nó, temia perder al salvador que le deparaba la Providencia, y diciendo que sí, hacia traicion á su conciencia y al acento de franqueza y buena fé con que el desconocido le hiciera la pregunta. Recurrió pues á la agudeza de su ingenio y procuró evadirse.

— Esto segun y conforme; — dijo; — va en opiniones. Yo me creo tan caballero y tan hidalgo como el mismo Cid, pero mis enemigos.... qué que-reis!... los enemigos!

El desconocido queria sin duda una respuesta categórica; así es que se encogió de hombros y se disponia á marchar sin hacer caso de las súplicas del perdonavidas, cuando los cuatro agresores del meson desembocaron en la calle blandiendo unos sus espadas y otros sus garros.

— Ahí está! ahí está! — gritaron al ver al que perseguian.

Esta circunstancia volvió á detener los pasos del desconocido que cuadrándose, no pudo menos de esclamar dirigiéndose á los recién llegados y hablándoles con el marcial desembarazo y altivo desenfado que caracterizaba á los caballeros de aquella época:

— Cuatro contra uno!.... Sois unos perros.

— Eh! quién es ese figuron que asoma y nes llama perros?

— Quien puede, — contestó el caballero.

— Hacedos á un lado, fantasmon! no va nada con vos.

— Pero va con vosotros. Escojed otro camino. Esta calle es mia.

— Ja! ja! ja! vuestra? y quién os la ha dado?

— Mi espada.

Dijo el caballero, y sacando en efecto su espada arremetió contra los cuatro que se dispusieron á resistirle. En aquel momento las nubes se rasgaron y un pálido rayo de la luna vino á alumbrar aquella escena. El de los cuatro que estaba mas cerca del caballero y que se preparaba el primero á sostener el combate, se hizo atrás con espanto murmurando:

— El caballero del capuz colorado!

— Oh! — gritaron los otros con terror, — el del capuz colorado!

Y todos cuatro volviendo las espaldas, huyeron presurosos de aquel hombre cuyo solo aspecto bastaba á ponerles en fuga.

Al mismo tiempo tambien, Rompetejas murmuraba con cierto respeto y asombro unidos:

— El caballero del capuz colorado!

Y se acercó humilde á su libertador, que envainaba su espada, para darle gracias.

Todo en el desconocido revelaba al caballero y acaso tambien al cortesano. Su traje era sencillo, pero de la mas fina tela, sus manos eran blancas y delicadas, su rostro desaparecia tras la máscara de seda que usaban en aquel tiempo los caballeros cuando no querian ser conocidos y colgaba de sus hombros, cubriéndole la cabeza con una elegante capucha, una especie de capita finísima, parecida en la hechura al albornoz morisco, llena de bordados y de un color carmesí. A esto sin duda debia el nombre que le dieran los cuatro bribones cuando huyeron desalados ante *el del capuz colorado*.

Rompetejas habia empezado á darle gracias; pero sin poder desprenderse, entonces que ya habia pasado el peligro, de aquel tonillo fanfarron y particular que le distinguia como á muchos de su clase.

—Quién eres? — le preguntó el caballero interrumpiéndole.

—Quién soy! Un antiguo soldado.

—Como te llamas?

—Rompetejas.

—Buen nombre, por vida mia!

—Soberbio!

—Y cual es ahora tu oficio?

—Matar gentes.

El caballero dió un paso atrás con cierta repugnancia.

—Y os ofrezco mis servicios, — continuó imperturbable el espadachin— aun que no seais vos de los que acostumbran á recurrir á mi brazo! Ay! no, si todos fueran desgraciadamente como vos, que segun cuenta la fama no tenéis miedo ni á un ejército, mi pobre oficio estaria perdido. Pero en fin, quien sabe! puede que á veces os ocurra tener que deshaceros de un pariente rico ó de un acreedor importuno y entonces, ya lo sabeis, mi brazo y mi espada están á vuestra disposicion, sin que os admita un maravedí como hago con los demás. Me habeis salvado; algun dia podré quizá pagaros con mis servicios. Si se ofrece pues, enviar á *la cruz de hierro*, una posada que se halla ahí cerca. Allí está Rompetejas todo el dia.

—Está bien, gracias! — contestó secamente el caballero.

—Lo digo como lo siento.

—Está bien, — repitió el caballero; — vete ahora. Esta calle es mia.

Rompetejas saludó.

—Ahí tienes para beber á mi salud.

Y el desconocido le arrojó una bolsa llena de oro, á juzgar por el sonido que no era el matachin capaz de equivocarse con ningun otro.

Rompetejas se alejó repitiendo las gracias.

Así que hubo desaparecido, el del capuz colorado se acercó á una puertecita que se dibujaba en la esquina de la calle y en el muro de una casa inmensa en la cual se veian algunos restos de fortificacion como si en algun dia hubiese sido castillo; sacó una llave de su bolsillo, abrió la puerta, y despues de haberse asegurado que ningun curioso podia venderle, desapareció.

La puerta se cerró tras él.

Antes de seguir adelante, fuerza será identificar al lector con alguna escena de la vida de este caballero que nadie en Segovia conocia mas que por *el del capuz colorado*.

Dos meses antes de la escena que en este capítulo se refiere, Segovia, para festejar al príncipe Don Enrique, levantó un palenque y celebró un torneo del que el mismo Don Enrique fué el primer dia mantenedor. Rompieron los caballeros algunas lanzas en honor de sus damas y de la Reina del torneo la hermosa Doña Beatriz de Guzman, llamada comunmente *la bella de las bellas*, tal era su sin par donosura, su gracia sin igual, su seductora belleza. El último dia del torneo se presentó en la arena un caballero desconocido el cual con una destreza suma, un valor á toda prueba, y un arrojo escesivo, venció á cuantos osaron luchar con él acabando por quedar en el palenque sin que nadie se atreviera á disputarle el premio debido á su mérito.

El concurso compuesto en gran parte de la nobleza del reino y de los cortesanos de Don Enrique, hizo cuantó pudo para obligar á que se descubriera el desconocido vencedor, al cual por otra parte no daba á conocer ni el menor distintivo ni la mas leve seña. Su escudo presentaba un horizonte oscuro, cargado de espesas y negruzcas nieblas con este lema: *Sin amor*. Esta originalidad, el no presentarse vestido con el color de ninguna dama, el no poder saber nadie su nombre ni ver su rostro, el conquistar la palma del valor y de la victoria, que en aquellos guerreros y caballerescos tiempos era la única palma envidiada, todo este misterio y aureola de heroismo que rodeó al caballero, le atrajo las simpatías del concurso y en particular de las damas. Así es que cuando el vencedor atravesó el palenque para ir á recoger de mano de *la bella de las bellas* el premio ganado con su lanza, todos se pusieron en pié palmoteando, ondearon en el aire las bandas y pañuelos, resonaron gritos de entusiasmo en favor del desconocido paladin, y no hubo ni una dama sola que no deseara ocu-

par en aquel momento el puesto de Beatriz de Guzman para con su blanca mano coronar al simpático vencedor.

Este se hincó de rodillas ante *la bella de las bellas*, que con lisonjera sonrisa le cruzó la banda por el pecho. Al hacerlo, vió la hermosa jóven una mancha de sangre sobre la luciente armadura y lanzó un grito.

—Estais herido? le dijo.

El caballero contestó que era solo una astilla de la armadura que le habia hecho un rasguño en el brazo. La hermosa Beatriz entonces, cediendo á un arranque entusiasta que como todo corazon de muger sentia por el vencedor, tomó el rico manto de grana que una de sus damas guardaba para con él envolverse á la salida del torneo, y rodeó con el manto el brazo del paladin.

—No lo abandonaré jamás,—dijo este,—vestiré de hoy en adelante vuestros colores.

Y desplegando el manto se lo puso sobre los hombros al son de los aplausos repetidos de la multitud.

De ahí el nombre que todos le dieron de *caballero del capúz colorado*. Pocos dias despues se tuvo noticia de una hazaña contra una partida de moros á los que habia puesto en fuga un caballero solo y desconocido que vestia sobre la armadura un capúz de grana.

Mas tarde algunos hechos parciales en la misma Segovia, algunas aventuras nocturnas en las que siempre figuraba con éxito el mismo caballero, le alcanzaron al desconocido cierta fama en la corte y cierta nombradía entre el pueblo. Llegó á presentársele como tipo del valor y de la caballería, nada sucedia rodeado de algun misterio que no se le achacase; en una palabra, se hizo célebre, popular y temido el nombre del *caballero del capúz colorado*.

Esto es lo único que Segovia sabia del sér verdaderamente misterioso al cual hemos visto figurar en la aventura nocturna de Rompetejas.

II.

LA BELLA DE LAS BELLAS.

RETIRADO estaba en su gabinete de armas el conde Don Fadrique de Guzman pasando revista á todo su militar equipaje en compañía de su escudero mayor, cuando le anunciaron la visita del noble señor Don Nuño de Torre la Selva.

Dió orden para que se le introdujera, y al estar los dos amigos en presencia uno de otro, despues de los usuales cumplidos, notó Don Fadrique que el semblante de Don Nuño le anunciaba alguna novedad.

—Qué teneis, amigo mio? qué ocurre?—le dijo.

—Despedid á vuestro escudero, conde.

Don Fadrique hizo seña al escudero para que se retirase.

—Ya estamos solos.

—Oid, noble Don Fadrique. Otorgada me teneis vos desde hace mucho tiempo la mano de vuestra bella hermana Doña Beatriz de Guzman.

—Es cierto.

—Este lazo debe aumentar nuestra amistad y unir al mismo tiempo nuestros bienes y personas para formar liga contra nuestro muy particular y detestado enemigo el marqués de Villena.

—Es tambien cierto.

—Pues bien, hay quien se opone á nuestros proyectos.

—Vive Cristo! y quién es el insensato al que creéis con derecho para venir á entorpecer nuestros planes?